

DESPLAZADOS: UNA HISTORIA SIN CONTAR¹

Marbel Sandoval O.²



Yviana Díaz

« Lo que veo es que tanto sufrir en esa montaña que era pura montaña virgen y ahora que ya uno trabajó esa tierra, donde botó todo su sudor, todas sus fuerzas, perder su compañero, perder sus hijos, tener que dejar la tierra y seguir sufriendo ».

Desplazada del Urabá

¹ Este artículo fue construido con base en entrevistas con desplazados e integrantes de ONGs en la región del Urabá y miembros de la Comisión Colombiana de Juristas. Con información tomada de documentos de la Comisión Colombiana de Juristas; la revista No.7, (enero-marzo de 1998) de Justicia y Paz; el folleto Retorno y Reubicación de las Comunidades Desplazadas de Riosucio en el Chocó; Éxodo; Boletín sobre Desplazamiento Interno en Colombia; el Informe de la Alta Comisionada de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos en el 54 Período de Sesiones; además de informaciones y declaraciones de los diversos actores publicadas en medios de circulación masiva.

² Comunicadora Social-Periodista de la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín. Autora del libro «Gloria Cuartas, por que no tiene miedo».

« ¡ Mesero hay un desplazado en mi sopa! » La exclamación sale de la boca de un hombre de dimensiones corporales gigantescas, cuyos dientes parecen dispuestos a masticar al mesero que permitió que le dañara su almuerzo cotidiano ese insecto que exhibe en sus manos - un pequeño hombre disminuido, que chorrea caldo-. El cuadro corresponde a la caricatura ganadora de un concurso de humor político convocado por la revista Semana y cuyos resultados fueron publicados en el número que circuló el 25 de mayo de 1998. Turcio Omar Figueroa, de Bogotá, plasmó así el drama que afecta de manera directa a más de un millón de colombianos.

¿Crítica o cansancio frente al fenómeno? Cada cual es libre de interpretarlo. Lo cierto es que desde mediados de los noventa, la palabra desplazados empezó a hacer parte del lenguaje utilizado en los medios de comunicación del país en la misma medida en que el problema crecía. En 1994 sus dimensiones despertaron la preocupación internacional. Francis Deng, representante del Secretario General de las Naciones Unidas para el tema de desplazamiento interno, visitó el país. El fenómeno colombiano era equiparable a lo que sucedía en países africanos y asiáticos. Hoy el número de desplazados totales en el mundo, y entre ellos se cuenta por supuesto a los colombianos, supera cuatro veces al número de refugiados, es decir, de aquellos que se

han visto obligados a dejar sus países por persecución por sus ideas políticas o religiosas o motivos raciales.

Se calcula que en Colombia, cada hora, cuatro familias son desarraigadas, de manera individual o colectiva, de su casa, de su tierra, de sus bienes para buscar refugio en otra parte del territorio nacional.

El desplazado colombiano que molesta en la sopa de la caricatura de Turcio tiene nombre, tiene historia, tiene hijos, tiene compañero o compañera, tiene una vida que contar y una tierra en la que trabajó hasta que se lo permitieron. Él es uno, pero a él se le han sumado cientos a lo largo de los últimos trece años hasta llegar a la cifra de más de un millón en la que coinciden las diferentes organizaciones que han trabajado el tema. Las estadísticas oficiales, que registran sólo a aquellas personas que han recibido alguna clase de atención del Estado, hablan únicamente de trescientas mil personas censadas como desplazadas, pero cifras consolidadas y proyectadas revelan que en un sólo año, Colombia llegó a tener doscientas cincuenta mil desplazados.

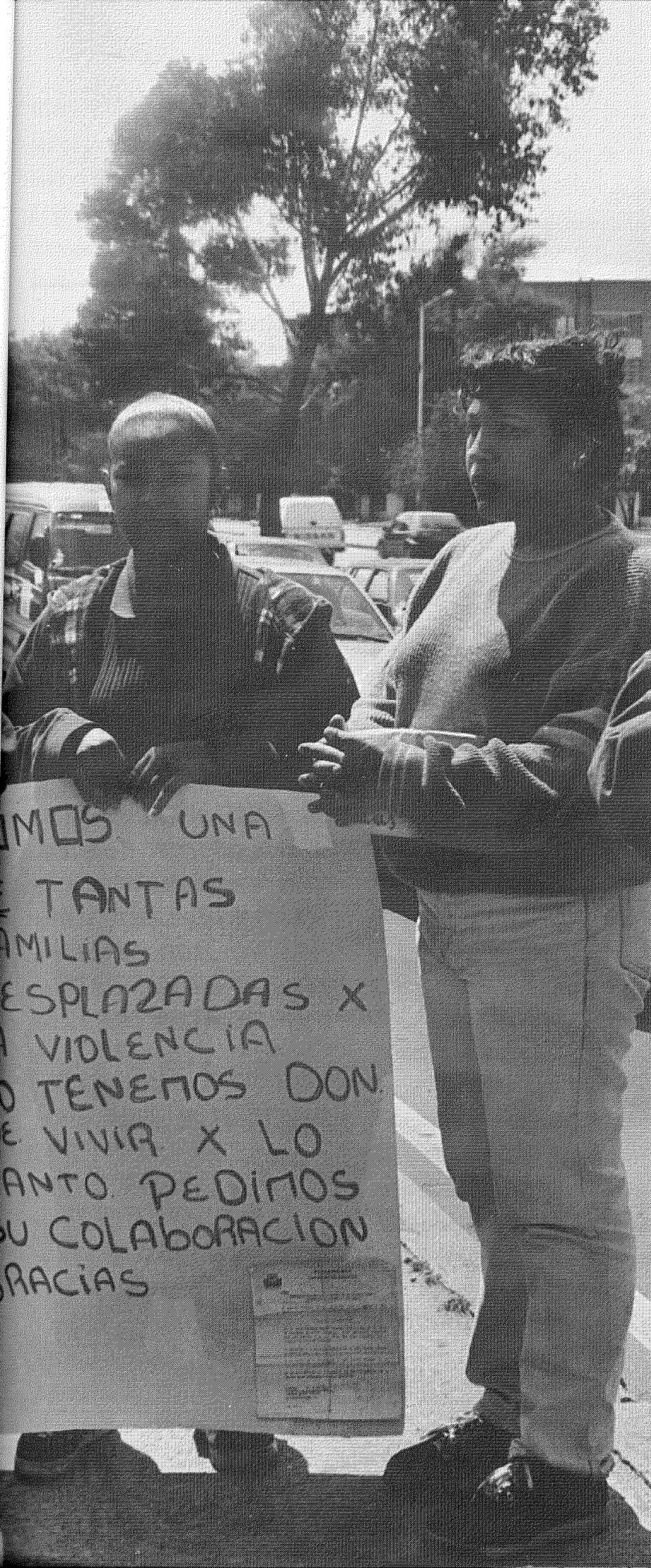
Los desplazamientos no son nuevos en Colombia

La violencia liberal y conservadora desalojó en un decenio cientos de campesinos de los campos colombianos. Los llamados territorios nacionales fueron poblados por colonos que huían de esa guerra, dejando atrás tierras y

esfuerzos. El Urabá de mediados de los cincuenta, cuando se abrió la carretera al mar, conoció el mismo fenómeno. Aquellos que habían gastado su vida descujando selva, abriendo trocha y regando las primeras semillas del mar inmenso de banano que fue más tarde la región, fueron obligados a abandonar sus predios o a venderlos a precios irrisorios. De cinco mil personas, sólo ciento quince recibieron en esa época sus títulos de propiedad. Los otros continuaron internándose en las selvas en busca de nuevos espacios. Nada podían imaginar de lo que sucedería a sus hijos y a sus nietos.

A principios de los ochenta el turno fue para el Magdalena Medio. San Juan Bosco de Laverde, una inspección de policía de Santa Elena del Opón, Puerto Boyacá y Puerto Berrío, se convirtieron en asiento de los grupos paramilitares que sembraron el terror en la región. Los campesinos huían asustados ante la actuación de los Masetos, un nombre derivado de Muerte a Secuestradores, MAS, el primer grupo de esta índole que actuó en la zona. No se había apropiado todavía el término paramilitar.

En estas tierras ardientes, al caer de la tarde del jueves 12 de enero de 1983, ocho campesinos de Vuelta Acuña, una vereda santandereana, ubicada a media hora de Puerto Berrío, sobre el río Magdalena, fueron masacrados por paramilitares. El hecho provocó el éxodo de cientos de labriegos que se dirigieron hacia Barrancabermeja a solicitar al



IMOS UNA
TANTAS
FAMILIAS
DESPLAZADAS X
VIOLENCIA
NO TENEMOS DON
VIVIR X LO
MUCHO. PEDIMOS
SU COLABORACION
GRACIAS

gobierno, en ese entonces de Belisario Betancur, seguridad para sus vidas y garantías para regresar a sus tierras.

De estos éxodos, porque ese no fue el único, se alimentó el crecimiento de Barrancabermeja. Los desplazados del Magdalena Medio aumentaban los problemas sociales de una ciudad que ya de por sí los tenía. Muchos de ellos nunca pudieron volver a sus tierras y grandes extensiones de esas tierras, ahora altamente valorizadas, son atravesadas hoy por la llamada Troncal de la Paz, una vía que se inicia en el municipio de San Miguel, en el Putumayo, sur del país, y llega hasta el municipio de Ciénaga, Magdalena, en la Costa Atlántica.

Pero fue sólo a mediados de los años noventa cuando por el aumento del número de desplazados, de un lado, y la presión internacional, de otro, el problema empezó a focalizar la atención de los colombianos. El término llegó a los medios de comunicación y comenzó a ser familiar y cotidiano al lado de otros no menos escabrosos: desaparecidos, ejecuciones extrajudiciales, masacres, secuestros, asesinatos. Tan familiar que, posiblemente, empezó a no representar nada para un público atiborrado de información descontextualizada que contribuye a desdibujarle las líneas de su escasa y difícil realidad.

Llegan a ser tan altas y tan repetidas las cifras de desplazados, de muertos en masacres, de secuestrados, de

asesinados, en condiciones tan similares, a pesar de que cambian los nombres y aparecen en las páginas de los periódicos sitios geográficos hasta ahora desconocidos por la inmensa mayoría de los colombianos, que terminan por no significar, por ocultar en su magnitud el drama que viven personas con nombre y apellido, que se duelen y le duelen a los suyos, a los cercanos, a los propios, en el lenguaje parcero.

Parece surgir un adormecimiento de la conciencia colectiva

Una conciencia en la que el desplazado podría llegar a ser sólo un mosco en la sopa. Es decir, «común y molesto» según la definición del Diccionario de la Real Academia de la Lengua para este insecto. Lo de común lo ratifica no sólo el número de informaciones sino los mismos datos oficiales. Según la Consejería Presidencial para la Atención Integral de Población Desplazada por la Violencia, en un informe que engloba 1996 y 1997, durante esos dos años se registraron desplazados en once de los

treinta y dos departamentos del país. Pero existen también otros datos: como los de una ONG que censó desplazados de veintiún departamentos viviendo en la capital del país. Al fin y al cabo -son de nuevo los números los que ayudan a dimensionar el problema- se calcula que en Colombia, cada hora, cuatro familias son desarraigadas, de manera individual o colectiva, de su casa, de su tierra, de sus bienes para buscar refugio en otra parte del territorio nacional.

Un mosco en la sopa diaria del resto de los colombianos, es decir de treinta y cinco millones, pero no porque haya caído gratuitamente sino porque se vio «forzado a migrar dentro del territorio nacional abandonando su localidad de residencia o actividades económicas habituales, porque su vida, su integridad física, su seguridad o libertad personales han sido vulneradas o se encuentran directamente amenazadas por conflicto armado interno, disturbios y tensiones interiores, violencia generalizada, violaciones masivas de los Derechos Humanos, infracciones al Derecho Internacional Humanitario u otras circunstancias emanadas de las situaciones anteriores que puedan alterar o alteren drásticamente el orden público», según lo reconoce la ley 387 del 18 de julio de 1997-, ley que fue sancionada como una medida de tipo legislativo para atender el creciente problema.

Según las estadísticas, en Colombia, cada hora, veinte menores inician el incierto camino del destierro

Un fenómeno con rostro

*«Me llamó Clementina Perea *, tengo 48 años, los cumplí ahora el 16 de abril. Y me siento tan acongojada, muy aburrida, por lo que me ha tocado sufrir y lo que iré a seguir sufriendo. Uno sale de su tierrita a sufrir. Mi esposo se llamaba Rutilio Arias*, tenía más o menos 58 años. La vereda donde vivía se llama Juan Benitez en el Alto Mulatos. De allá uno se echa en bestia cuarenta minutos y de a pie la hora, despacito, subiendo. La finca se llama El Llanito*, cuarenta y cuatro hectáreas de tierra titulada, pero el título está a nombre del finado. Me dijeron que ahora lo hiciera a nombre mío y de los hijos que tengo, pero no he podido porque no tengo fuerzas. Nosotros teníamos más de treinta y pico de años de estar viviendo en esa vereda y en todas esas fechas nunca habíamos sido atropellados por ninguna clase de gente, hasta de cuatro años para acá. Cuando llegué a esa vereda era una niña. Abí me terminé de criar, me bice una mujercita, formé mi hogar, tuve mis hijos. En la misma tierra porque no está lejos de la finca de papá. Lo que veo es que tanto sufrir en esa montaña que era pura*

* Los nombres de personas y lugares han sido cambiados para proteger a las personas entrevistadas.

“Por ahora me encuentro desalojada, como aburrida. No puedo estar con toda mi familia, sino que tuve que apartarme de ellos... Todo está perdido porque no tengo con que trabajar. Me tocó salir... Me siento muy acongojada por todo esto”.

Clementina Perea*

montaña virgen y ahora que ya uno trabajó toda esa tierra, donde botó todo su sudor, todas sus fuerzas, perder su compañero, perder sus hijos, tener que dejar la tierra y seguir sufriendo.

A él lo sacaron de la casa como a las cinco y treinta de la tarde. A la tardecita, como a las cuatro y media, subieron personas que se encontraron con un grupo, cuarenta hombres, por allá arriba. De esos cuarenta hombres fueron seis hasta la casa. Los que se lo llevaron. Cogieron para las veredas arriba, para Juan Benitez arriba, y por allá lo mataron a las dos de la madrugada. Fueron paramilitares. Ese día no le avisé a nadie. Me quedé solita en la casa, con las peladas, prendí las lámparas, esperándolo a ver si llegaba. Al otro día si me tocó. En la mañanita le dije a las peladas que se levantaran y me fui para donde el hermano de él y otro vecino a contarles lo que había pasado y nos pusimos a buscarlo. Salimos hacia arriba siguiendo los rastros de él, porque llevaba botas distintas a las de ellos. Ya por allá nos dio como miedo porque nos dijo el compadre Arcesio* que a la tarde, había visto ese grupo de gente, que era grande. Entonces el hermano dijo:

-Vamos a devolvernos mejor porque esa gente debe estar por ahí escondida y nos van a coger y a matar a toditos y vamos a quedar allá con ese poco de peladitos.-

Nos devolvimos. Eran como las diez y media. Cuando llegamos a la casa



Santiago Monge

eran como las once. Hacía unos quince minutos habíamos llegado cuando miramos hacia arriba y vimos tres muchachos que venían a avisar que había un muerto y que

era el esposo mío. Que nos alistáramos y nos viniéramos porque ellos lo habían levantado y lo habían llevado para el Alto que estaba solo, por ahí no había gente. Las únicas

veredas que tenían gente eran Tío López y Juan Benitez. Cuando subimos ya ellos lo tenían allá. Entonces nos preguntaron que qué íbamos a hacer: si lo sacaban pa' fuera o no. Nosotros no teníamos plata pa' sacarlo. No había tráfico de carros. Yo dije: - Organicémoslo. Vamos a enterrarlo aquí. A hacerle su cajita y qué más vamos a hacer. Pa' salir con él tenemos que llevar plata -. Yo tenía que salir con mis peladitos. ¿Cómo íbamos a salir sin plata? No podíamos tirarnos para acá porque no teníamos ni un peso. Nadie de los que estábamos allá teníamos plata. Entonces el compadre Arcesio dijo: - Vamos a enterrarlo, vamos a darle su entierro porque ¿qué más vamos a hacer? Y vamos a recoger y vamos salirnos todos -.

Y ahí fue cuando comenzamos a salir. A sacar las cositas para afuera. En animales tocaba hasta Caracolí porque la carretera estaba dañada y por allá no entraban sino apenas mulas y un carrito que traficaba por ahí. En el carrito ese traíamos las cosas. Yo me desplacé hacia acá, hacia Apartadó, sufrí pero no tanto porque yo tenía aquí mis dos pelados y ellos trabajaban mucho. Tuvimos catorce hijos, pero de esos ahora apenas estoy contando con once. Hicimos primero seis hijos hombres. Después tuve las seis niñas y luego los dos pequeñitos. Al mayor lo mataron aquí en

Apartadó. Cumplía el papá tres meses de muerto, cumplía yo tres meses de estar aquí, cuando a él lo mataron. Había tres más en la guerrilla pero me he dado cuenta que a uno lo mataron, estaba en la guerrilla y lo mataron. Los paramilitares tienen uno, porque de los seis primeros, los paramilitares se llevaron al menorcito, y el que está pagando el servicio militar que por ahí lo veo de vez en cuando. Las mujeres están casadas y los pequeños cuatro que tengo al lado mío.

En enero me di cuenta que el muchacho que se llevaron los paramilitares estaba ahí porque una muchacha que era de la vereda se fue para el lado de Sucre y, ahora que vino el papá por aquí, me mandó un papelito: que mi hijo estaba bien porque el pelado se encontró con ella, la sacó, la conoció, y le dijo: - Si algún día se ve con mi mamá me la saluda, me le da muchos saludos, que estoy vivo pero que no sé si la pueda visitar o no -. La muchacha, me mandó un papelito.

Por ahora me encuentro desalojada, como aburrida. No puedo estar con toda mi familia, sino que tuve que apartarme de ellos, y tener la esperanza de que algún día me visiten ellos. Todo está perdido porque no tengo con que trabajar. Me tocó salir y dejé ahí platanito sembrado, yuquita sembrada, dejé mis

animalitos, mis gallinitas, mis marranitos, mi burrito, porque ya bestia no tenía, tenía un caballito y en esos días se me había muerto. Me siento muy acomplejada por todo esto».

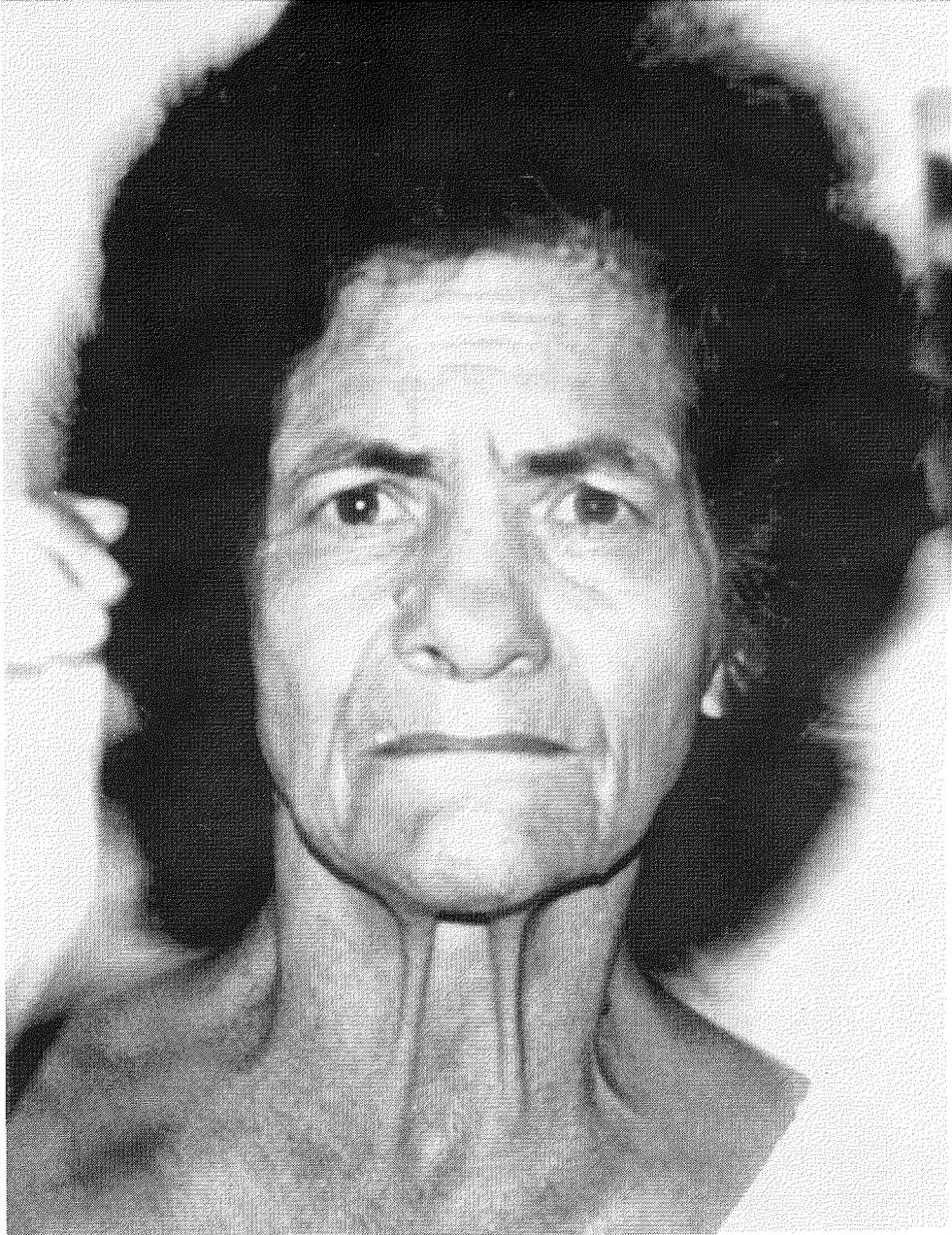
En 1994 el fenómeno colombiano del desplazamiento era equiparable a lo que sucedía en países africanos y asiáticos.

Clementina resume su sufrimiento en palabras simples: desalojada, aburrida, acomplejada. Ella es sólo una de los cientos de hombres, pero sobre todo, de mujeres y niños, los grupos más afectados, que a diario, con la muerte reflejada en los ojos, impulsados por el miedo y cargados del dolor por el asesinato del padre, del hermano, del esposo; emprenden un camino al cual deben agregarle la incertidumbre de lo que los espera y el duelo por lo que están perdiendo que, además de vidas humanas, es el afecto, los vecinos, la seguridad que da lo conocido, la tierra en la que gastan su vida, sus cultivos, sus animales. Comunidades enteras obligadas a desarticular su historia. Desarraigadas a la fuerza. Amenazadas por el silencio de la muerte, por la falta de medidas gubernamentales efectivas que garanticen su regreso, y por el cansancio del resto de la sociedad civil que agobiada por su propia problemática, cotidianiza el problema, ignorándolo en sus verdaderas dimensiones. Otra manera de matarlos.

«Mi nombre es Aura María Pérez**, vivía en la vereda La Floresta, la entrada era por La Pradera o la Selva, Urabá chocoano debe ser. Al esposo mío lo mataron el 8 de junio de 1997 y comenzaron los comentarios de que teníamos que desocupar toda esa vereda. Me tocó salirme con todos los hijos, doce hijos que tengo y los nietos. Y hemos estado aquí llevando. No hemos ido al pedacito de tierra porque como es campo a uno le da miedo entrar por allá. Por ahí pasaba mucho la guerrilla. Los paramilitares llegaban cada momentico a la carretera y le decían a la gente que del río para allá todo el mundo tenía que salirse para afuera. A mi esposo, que tenía 52 años y que hacía por ahí treinta que vivía en la región de Urabá, lo mataron en Caucheras, unas partidas que van para Bajirá. Él había salido a llevar la comidita aquí de Mutatá y se bajó ahí. Estaba tomándose una gaseosa y lo mataron. Llegaron unos tipos en una moto, dos. La gente que había dijo que eran puros paracos.

Teníamos treinta y siete hectáreas. Una vaca que tenía la saqué y la vendí. Lo que eran las camas, muchas parte de vajilla y unos animalitos, cinco terneros,

** Los nombres han sido cambiados para proteger a las personas. Las entrevistas de este artículo fueron hechas en abril de 1998 entre desplazados que se encontraban en ese momento en Pavarandó, Turbo y Apartadó, en el Urabá.



Viviana Díaz

quedaron allá. El 20 de julio (1997) nos vinimos, tengo los niños estudiando. Aborita no tengo trabajo. Me resultan lavaditas por ahí a veces. Dos hijas que tengo, están trabajando. Una con doña María, la del almacén, ayudándole, arreglándole la casa, aplanchándole. La otra le toca hacer de comer, lavar y aplanchar, le pagan 50 mil pesos mensuales. A las que tienen hijos no les dan trabajo por los niños».

Niños que sin la oportunidad de haber transitado por la vida ya conocen la muerte. Niños que son obligados a abandonar de una manera abrupta su infancia para empezar a enfrentar una realidad donde la muerte se enseñoorea. Según las estadísticas, en Colombia, cada hora, veinte menores inician el incierto camino del destierro.

«Yo vivía en la Almería, el Chocó, en la vereda Queda Arena. Me llamó

Ana Juana y el esposo mío se llamaba Pedro Antonio Puerto*, tengo cinco niños y nos salimos de allá porque a él lo mataron y nos dijeron que nos saliéramos con los niños. A él lo tiraron de lejos porque el niño dice que iban caminando y cuando menos pensaron fue un tiro y el papá se cayó. Cuando sintió que le estaban tirando, el niño miró y vio uno poco de morrales verdes. El niño corrió y corrió. Como quince minutos le tiraron hasta que el niño voltió y ya no le tiraban más. Entonces llegó a la casa y dijo:*

- Vámonos, vámonos, vámonos mamá de aquí porque a nosotros también nos van a matar porque a mí me estaban tirando y, de pronto, vienen siguiéndome y nos matan -. Me hicieron dejar todo, toda la cosecha, teníamos para recoger por ahí cuarenta y cinco cargas de maíz. Bueno no me dejaron coger sino siete no más y con eso me vive para acá, para Urabá. Tengo 28 años. Él tenía 30. A él le dijo la gente del pueblo, los paramilitares pues, que se cuidara mucho porque iban a mandar una gente forastera y que con él no tenían problema porque ya lo conocían, pero la que iban a mandar si era forastera y podía tener problemas. El no quiso quedarse en la casa y se fue a trabajar y venía del trabajo cuando en eso venía la gente del monte y se encontraron, entonces como no pudieron coger a la gente del monte,

lo tiraron e él, pensando que era de ellos.

Ya en el pueblo hablé con una gente para que fueran a subir a recogerlo y entonces me envolataron y me envolataron hasta el jueves, y ya el jueves me dijeron que fuera yo misma y lo enterrara que al doliente era al que le dolía el muerto, que a más nadie, que fuera yo misma y lo recogiera con los hijos. Me fui con el padre y cuando subimos ya unos vecinos lo habían enterrado.

La tierra era casi que propia porque eran tierras que estaban abandonadas, entonces nos dijeron que trabajáramos ahí pero no teníamos derechos de vender. Tenía gallinas, marranos, un caballo, una yegua, todo eso se perdió. El arroz que tenía en la casa se lo robaron. Ahora nadie me está ayudando porque la familia vive muy pobre. Vivo con una hermana».

Los campesinos, atrapados entre dos fuegos, el de la guerrilla y el de los paramilitares, y acosados por el mismo Ejército - que en su lucha antiguerrillera ha bombardeado poblaciones y veredas-, inician un desplazamiento forzoso, colectivo o individual, sin destino cierto. Algunos se dirigen a casas de familiares o amigos que los reciben transitoriamente, otros buscan la manera de instalarse en poblaciones más grandes donde creen encontrar ciertas seguridades. Muchos más han

llegado a ciudades como Bogotá, Medellín, Cartagena, Cali o Bucaramanga, donde su rastro empieza a perderse mientras ellos se confunden con la población y comienzan a vivir la marginalidad de los barrios subnormales.

Atrapados entre dos fuegos, el de la guerrilla y el de los paramilitares, y acosados por el mismo Ejército, que en su lucha antiguerrillera ha bombardeado poblaciones y veredas; los campesinos inician un desplazamiento forzoso, colectivo o individual, sin destino cierto.

La historia de aquellos que han sido obligados a dejar sus tierras y han emprendido el camino de manera individual se confunde, se desdibuja para quienes quisieran reconstruirla como tal, quedan las de los éxodos masivos que originan asentamientos colectivos como los de Pavarandó, Turbo y Bocas del Atrato.

«En abril 9 y 10 de 1998 se cumplió un año del comienzo de la situación de los desplazados del Urabá antioqueño. Hace un año, durante la semana santa -el 27 y 28 de marzo- cuando se cumplía el viacrucis de los católicos, se iniciaba el viacrucis de poblaciones enteras que tuvieron que dejar su tierra para buscar asentamientos de refugio. Es el caso de las personas que están hoy en Pavarandó, corregimiento de Mutatá, en Bocas del Atrato, en Turbo y en el mismo

San José de Apartadó. Hace un año desde el Urabá Chocoano, inician su largo camino para llegar hasta Pavarandó. Para ellos fue su viacrucis en vivo. En ese camino mucha gente murió, entre ellos niños que no resistieron lo pesado de la jornada, la travesía a pie. El cansancio y el agotamiento, llevaron al alumbramiento prematuro de muchos niños de aquellas mujeres que embarazadas, e impulsadas por el miedo, tuvieron el valor de llegar hasta esta tierra.

Del Urabá chocoano, los habitantes salen de los caños que corren por el río Atrato y del caño del río Salaquí. Una población transitada continuamente por grupos guerrilleros, donde los paramilitares deciden entrar presionando a la gente para que abandone la tierra y causando muchas muertes. Se dan enfrentamientos entre guerrilla y paramilitares, situaciones que obligan a la gente a salir de sus tierras»¹.

La prensa habló de este desplazamiento. Los noticieros de radio y televisión los tuvieron en sus titulares, también las primeras páginas de los periódicos. Las historias eran dramáticas. Una bolsa de leche debía distribuirse entre diez familias y más. El boom informativo duró poco. Otras informaciones vinieron a reemplazarlo. Pero la mayoría de estos desplazados siguen allí. Tiempo después

¹ Testimonio de un integrante de una ONG que brinda ayuda humanitaria en la región del Urabá.



María Fernanda Jaramillo

el país ignora que las ONG presentes en la región inclusive crearon un nuevo plan para la coordinación de la atención a los desplazados. El programa fue llamado «Emergencia dentro de la emergencia».

En Pavarandó, un caserío de dos calles, los campesinos chocoanos ocuparon las casas desocupadas por los habitantes del lugar desalojados tiempo atrás por los paramilitares, armaron cambuches con madera, plástico y papel, y, finalmente,

levantaron algunas carpas que organismos internacionales como la Cruz Roja, les facilitaron. En Turbo, se ubicaron en el Coliseo y en dos albergues en madera con techo de zinc que les fueron construidos después. Surgieron así asentamientos de desplazados, campos de refugiados como los que a veces nos asombra a los colombianos contemplar en países como Ruanda o Burundí, en el Africa, desconocedores de tenerlos tan cerca, en nuestro propio país.

En un asentamiento de estos se suma a todas las pérdidas, incluida la de la propia intimidad, la estigmatización. El campesino desplazado es mirado con ojos de sospecha, señalado y perseguido.

La esperanza del retorno

«Los desplazados son casi que encarcelados porque están continuamente vigilados por paramilitares que dicen que son guerrilla o auxiliares y que siempre están buscando el líder para destruirlo, para impedir que las comunidades sigan adelante. Pavarandó es como un campo de concentración, allí los desplazados tienen un límite de movilidad y si lo traspasan son retenidos por el Ejército o asesinados por los paramilitares. Existe mayor movilidad en Bocas del Atrato y Turbo porque muchos de ellos tienen familia allí y pueden desplazarse para visitarla. Los de San José de Apartadó son muy controlados. El chivero* es parado en retenes, los campesinos son bajados, mirados, vueltos a revisar. El clima es de zozobra permanente. Siempre pensando que hay alguien, un grupo detrás, buscándolos por x o y motivo»².

Y también siempre pensando en el regreso, en el momento en que existan las garantías suficientes para el retorno a la tierra de la cual fueron expulsados. En febrero de 1998 las comunidades desplazadas de Riosucio, en el Chocó, presentaron al gobierno nacional una

propuesta de retorno y reubicación. Los nombres que eligieron para los tres asentamientos planteados, hablan de sus expectativas y sus miedos: Nueva vida, La esperanza de Dios y Milagro de Dios. Los sitios a los cuales quieren volver tienen un significado profundo para ellos y dicen poco a la gran mayoría de los colombianos, que nunca en su vida siquiera los pisarán. Los de Nueva Vida querían regresar a Puerto Nuevo, una vereda en la región del Cacarica, sobre el río Perancho, al filo de la serranía del Darién.

Los de la Esperanza de Dios pedían garantías para volver al Limón, al oriente del Parque Nacional de los Katios y del río Cacarica, y la comunidad de Milagro de Dios retornar a la cabecera municipal de Riosucio, al oriente del río Atrato. Tierras de las que han sido expulsados por una guerra no declarada, cuyas víctimas son ellos, y que, indudablemente, corresponde a una estrategia para implantar proyectos de tipo económico y político, cuyos reales beneficiarios algún día el país tendrá que conocer.

El retorno que solicitan no es fácil. Las garantías no son suficientes. En diciembre de 1997, cuando un grupo de desplazados de Pavarandó se preparaba para regresar al asentamiento de Villahermosa, una excursión paramilitar y los enfrentamientos entre guerrilla, Ejército y paramilitares en las veredas de Puerto Lleras, Pinacho, Villaflor y la Resbalosa, en el Urabá chocoano, crearon confusión entre la gente. «Los desplazados que veían pronta su salida,

ven aumentado su número, en menos de tres días, en ochocientos cincuenta personas»³.

Las Organizaciones No Gubernamentales Justicia y Paz y Pax Christi encuentran que no hay seguridad para el retorno al asentamiento de Villahermosa: paramilitares vigilaban la llegada de los desplazados que regresaban acompañados de representantes de Pax Christi y las Hermanas Lauritas. Único respaldo para su seguridad personal.

Las experiencias en otras regiones del país y del mismo Urabá lo corroboraban. Desplazados que habían vuelto a sus sitios de origen habían sido asesinados. En 1996, después de un éxodo masivo de campesinos a Apartadó, un miembro de una comisión gubernamental integrada para verificar las condiciones del retorno, pudo comprobarlo: «Los más valientes entraron a las veredas, pero a la semana siguiente volvieron a salir debido al asesinato de uno de los líderes del éxodo, quien fue ejecutado por supuestos paramilitares, y por los combates que estallaron entre el Ejército y la guerrilla».

En abril de 1998, según la Comisión de Vida Justicia y Paz, de la Diócesis de Apartadó, dos mil quinientas personas continuaban en Pavarandó, cuatro mil en el Coliseo y los albergues de Turbo y seiscientos más en San José de Apartadó.

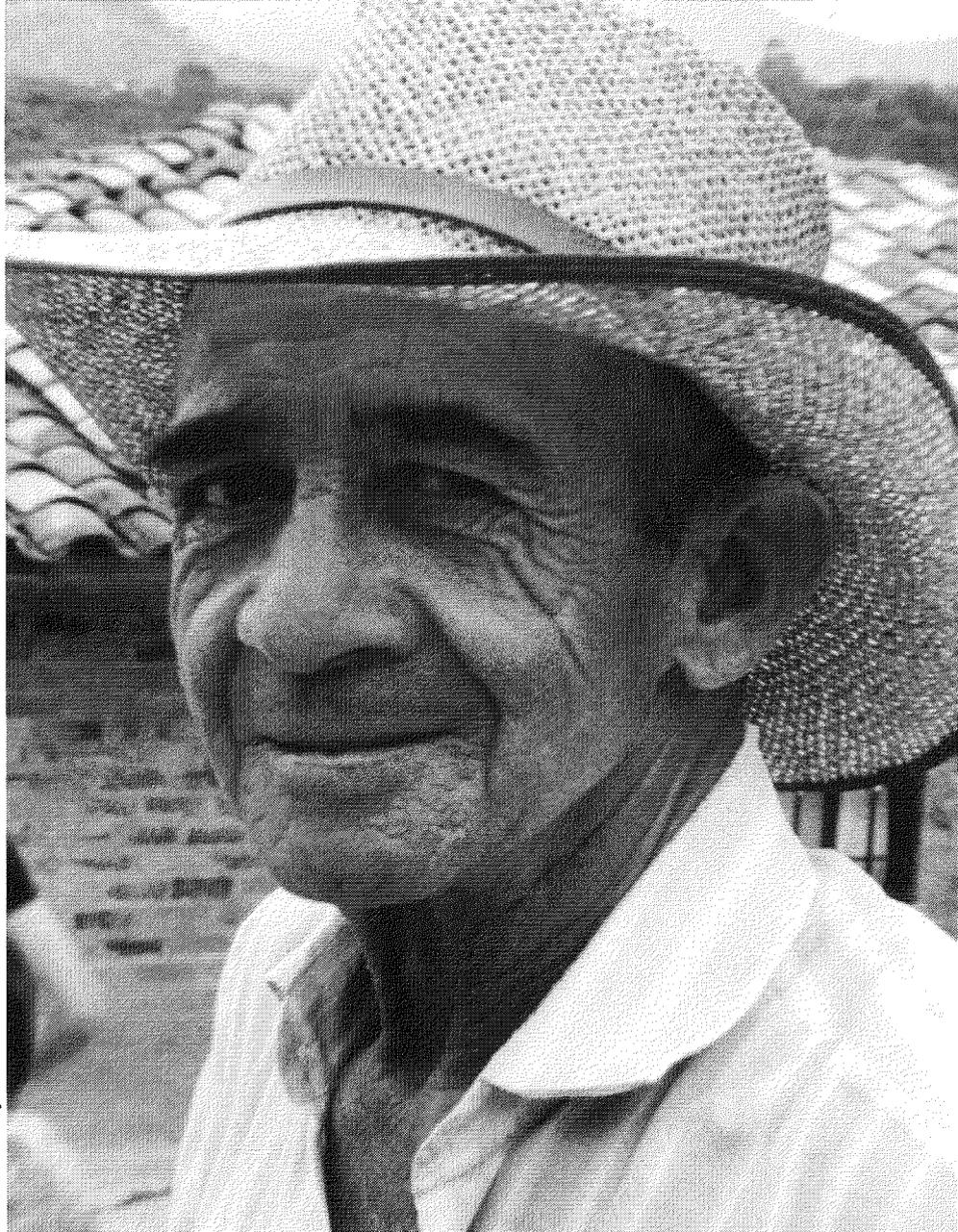
* Bus de transporte veredal.

² Testimonio de un integrante de una ONG que brinda ayuda humanitaria en la región del Urabá.

³ Testimonio de un integrante de una ONG que brinda ayuda humanitaria en la región del Urabá.

Los desplazados de otras regiones del país ya habían conocido que las reubicaciones también eran difíciles. En Cundinamarca hubo que poner una tutela para que la gobernadora Leonor Serrano de Camargo permitiera la instalación en el departamento de desplazados de la hacienda Bellacruz, en el Cesar. En el Tolima, familias provenientes también del Cesar, recibieron tierras agotadas, sin riego, sin asistencia técnica, condiciones en las cuales les fue suspendida la ayuda alimentaria a los tres meses de instalados. Por si fuera poco, la fuerza pública hizo presencia permanente en Cámbulos y La Miel, los dos asentamientos a que llegaron. Presencia que debía revivirles a estas familias, que salieron de Tamalameque, La Gloria y Pelaya, su propio calvario, después de que un grupo paramilitar cometiera una masacre en la hacienda Bellacruz por la que fue detenido, el 19 de mayo de 1998, Francisco Alberto Marulanda Ramírez, hermano de Carlos Arturo Marulanda Ramírez -ministro del gobierno de Virgilio Barco y ex-embajador colombiano ante la Unión Europea-. La Unidad Nacional de Derechos Humanos de la Fiscalía ordenó su detención para rendir indagatoria por los presuntos delitos de homicidio y paramilitarismo relacionados con la masacre que ocasionó el desplazamiento. El predio pertenece a la familia Marulanda Vélez.

En los primeros meses de 1998, los colombianos pudieron observar por la televisión la entrega provisional que hizo el entonces Presidente de la República, Ernesto Samper, de la Hacienda Nápoles, de



María Fernanda Jaramillo

propiedad de Pablo Escobar, en Antioquia, a otro grupo de familias desplazadas. «Espero que la familia de Don Pablo entienda», dijo una de las mujeres. En la expresión y lo que calló se podía leer lo que quería decir aquella mujer desalojada de sus propias tierras y llevada ahora a habitar las que pertenecieron a un narcotraficante, con una historia sangrienta: «Que entiendan y que no nos pase nada». Nada, además de lo mucho que ya les pasó, mientras esta Colombia despierta y descubre que las cifras tienen detrás rostros, historias, personas que se niegan a dejarse

convertir, en medio de la debacle del país, en un mosco en la sopa; que aspiran a que usted que lee ahora, entienda que su drama humano y social, es el producto de una realidad descompuesta donde falta la justicia, la equidad, el respeto por el más elemental de todos los derechos humanos: el de la vida y a una vida digna.

